

La noche estrellada

Crucé la calle con prisa, casi con desesperación. Los muros del museo se erigían imponentes, reconfortándome por un momento. Solía venir de pequeña. Siempre me interesó el arte, en especial la escultura, y Pablo Serrano era uno de mis artistas gráficos favoritos. Aunque eso fue cuando aún me brillaban los ojos de emoción al ver alguna pieza bonita de arte, algo que hacía que mi imaginación volara a través de la multitud de emociones que me sugerían aquellas obras, a menudo pensamientos sin control, cargados de fantasía y, más adelante, en mis años de adolescencia, odio contra la sociedad.

Entré con prisa, y todo seguía donde siempre. Eso era lo que más me gustaba de las cosas expuestas en las grandes vitrinas de cristal. El tiempo transcurría, y te transformabas en una persona completamente distinta, para bien o para mal, mientras que las obras que allí se mostraban permanecían igual en las enormes cajas de cristal. Aquel señor sentado en una especie de asiento entre silla y trono real nunca acabaría de hurgarse aquella nariz ganchuda y larga, tan larga que te hacía preguntarte qué clase de criatura iba a sacar de allí.

Recorrí las paredes con la punta de los dedos, recordando, nostálgica, con una pequeña sonrisa que delataba el cariño que le tenía a aquel edificio. Se estaba a gusto, más aún cuando llovía, y te sentías la única superviviente al Gran Diluvio Universal. Un tornado podría haber pasado y tú seguirías recorriendo esas mismas paredes con los dedos, dejando caer la mano muerta cuando llegabas a alguna escultura. Claro que antes, yo hacía caso omiso a las advertencias de la gente que trabajaba allí, una especie de hormigueo recorría las yemas de mis dedos cuando sentía el contacto frío del bronce sobre mi piel. Ahora que lo pienso, creo que armaba mucha bulla, pero todos me tenían una especie de cariño formado por los años. Por algún motivo recordar todo esto solo conseguía deprimirme.

De repente, un sonido me alertó, era tan bajo que me hizo dudar de mí misma, pero después volvió a reproducirse, esta vez más alto. Parecía una voz humana, me pregunté si estaba oyendo cosas, pero todo aquello parecía muy real. *Demasiado*. Miré en todas direcciones, y cuál fue mi sorpresa al descubrir que el autor del sonido no era otro que un retrato del gran escultor, alias Pablo Serrano.

- Psssss – susurraba bajito, dentro de su marco.

Al principio no hice caso, pero él seguía insistiendo, cada vez más alto, así que me rendí y lo miré a los ojos. Los suyos eran agradables, de un tono de azul que parecía recordar al cielo en invierno, justo después del amanecer, cuando los tonos morados hacían su aparición, y no te molestaría aprender a volar en ese preciso momento para poder nadar en él. Estaban nublados por la edad, y unas gafas de montura gruesa enmarcaban sus facciones, pero pese a todo, me seguían hipnotizando sus ojos azul post-amanecer. Los míos, por el contrario, eran de un tono gris oscuro, fríos y monótonos, que decían que, si esto era una broma, no tenía ni pizca de gracia. Pero él no se amedrentó y continuó mirándome a la cara, sonriendo.

- Te he estado observando- volvió a hablar. – No mucha gente muestra esa clase de cariño con mis obras. - explicó. Parecía realmente complacido. - Ni las mira con los mismos ojos que tú.

Nota mental: no hay nada mejor para un artista que ser reconocido por su trabajo. Realmente tenía sentido, mucha gente se ríe de ellos por simplemente “salpicar pintura en un lienzo”, pero la realidad es otra, y es que esas manchas pueden simbolizar la sociedad, la tristeza, o incluso a uno mismo. El subconsciente del ser humano es maravilloso. Es por eso que cada obra debe ser valorada igual, porque tienen un trasfondo detrás. Pablo Serrano decía que le gustaba que cada persona dijera la opinión que tuviera de cada una de sus esculturas, y me gustaba por eso. Me caían bien los artistas a los que me gustaría agregarlos en WhatsApp, con un nombre cutre, como “Jamón Serrano”, seguido de un montón de emoticonos, y hablar con ellos de lo que fuera, pero muy seguido. Probablemente despertarlos a las tres de la mañana con mis preguntas estúpidas sobre pájaros azules.

- ¿Qué pasa por tu cabeza en estos momentos? - preguntó con curiosidad.

Hice un simple gesto con la mano.

- ¿Qué es lo que define a un ser humano? – hice otra pregunta como respuesta, como para evadirme. Hacía eso a menudo. - ¿Son nuestras acciones, puede que nuestro físico? ¿Se ha preguntado realmente alguien lo que lo diferencia de un animal?

Pablo se veía pensativo, recuerdos del pasado parecían azotar su mente.

- Mi madre, que en paz descansa, solía tararear melodías mientras lavaba la ropa, movía las manos siempre al compás de la música. Y su cara de

concentración podía decírmelo absolutamente todo sobre ella. – respondió sereno. - Suelen ser los pequeños detalles cotidianos los que nos dicen más sobre una persona. – Sus ojos brillaban, incluso en ese estado, su presencia era abrumadora.

“Es la presencia de una ausencia” pensé, divertida.

Más divagué sobre sus palabras. Aquella fue la mejor definición de ser humano que escuché en toda mi vida. Y eso que, cada vez que viajaba a un nuevo país de habla hispana que no había visitado, compraba un nuevo diccionario, solo para comprobar el significado de la palabra “humano”. Y hasta el día de hoy sigo sin haber encontrado una respuesta que me satisfaga completamente tanto como la de ese cuadro parlante, que parecía burlarse de mí.

- ¿Y qué pasa si eres obligado a abandonar esas costumbres? - pregunté con una preocupación que intenté disimular.

- A veces es perderlas o perderte a ti mismo – dijo con tristeza. – No eres la primera a la que la conducta humana ha confundido, o molestado, y no serás la última en llamar a una persona *animal*.

Empecé a pensar en una retahíla que nos obligaron a aprender en biología, sobre los animales. Yo solo me la sabía porque las páginas estaban enmarcadas de pájaros azules, que me obsesionaron hasta tal punto que llené un cuaderno de bocetos de ellos. El mismo cuaderno que contenía mi preciado dibujo de una noche, cubierta de estrellas, que se abrían paso, sin dejarse eclipsar por la Luna. La pintura en sí me obsesionaba, pero como todo sueño, tuve que dejarlo al entrar al último curso, antes de la universidad, donde el torrente de exámenes y redacciones acabó poco a poco con mi esperanza. Al final, no sé cómo, terminé estudiando literatura inglesa, y me vi obligada a dejar la pintura, algo que me aterraba. La monotonía vino después, algo que me temía. Siempre pude haberlo dejado, y dedicarme al dibujo. Pero me daba miedo decepcionar a la gente. Nunca tuve mucho carácter.

Entonces, como si hubiera leído mis pensamientos, el retrato me miró con una fijeza que rara vez percibí en una persona, con los ojos cubiertos de estrellas. En medio de la tormenta, me pareció que en mí había una calma imposible, justo en el centro, me di cuenta de que en mí había algo invencible.

Me desperté en mi cama. Con las manos llenas de pintura acrílica, una gran noche estrellada había cobrado vida en mi pared, y la recorrí con los dedos.